

Acerca de la “*violencia ilegítima*”¹

¿Qué destino corre la violencia del adolescente provocada por las transformaciones de la pubertad? Este es el tema central de esta obra abordado de diversas formas por un conjunto de autores reunidos bajo la dirección de F. Marty, que en *Violences à l'adolescence* [Violencias en la adolescencia], al comienzo de la misma propone una presentación argumentada de la temática del libro y de los diferentes artículos que lo componen. La violencia provocada por los trastornos de la pubertad debe diferenciarse de la violencia manifiesta, visible, ruidosa, destructora, que se atribuye de manera demasiado sistemática a los adolescentes. Esta última solo representaría una parte manifiesta, y necesariamente encubierta, de la primera. Siguiendo algunos estudios de J. Bergeret, F. Marty considera que una forma de violencia necesaria para la supervivencia puede tornarse civilizada y civilizadora para el ser humano, con la condición de que sea mediatizada en las primeras relaciones con el entorno. De aquí surge la noción supuesta, pero no expresada en el libro, de una violencia civilizada y legítima en relación con otra que no lo sería y que justamente presta su nombre al título de la obra.

Dos temáticas importantes surgen de la lectura de estos textos. La primera corresponde a la interacción del adentro y el afuera en los orígenes de la violencia, la cual se trata particularmente en los artículos de P. Gutton, *Le traumatisme à l'adolescence: son expérience, sa source, la vulnérabilité* [El traumatismo en la adolescencia: su experiencia, fuente y vulnerabilidad], de P. Jeammet, *Comportements violents et psychopathologie de l'adolescence* [Comportamientos violentos y psicopatología de adolescencia] y en el de A. Birraux, *Violence à l'adolescence et clivage du moi* [Violencia en la adolescencia y clivaje del yo].

P. Gutton analiza en un primer término la experiencia traumática en la adolescencia desde la perspectiva, por un lado del cambio de la pubertad inevitable (y en consecuencia potencialmente traumático), y por otro de las resistencias que, en oposición intentan mantener un equilibrio psíquico. El autor tiene en cuenta entonces la función del objeto exterior en la experiencia traumática. A menudo considerado como el agente exclusivo de esta y en particular por el propio adolescente, para P. Gutton, el

objeto exterior continúa siendo el hecho de una coincidencia, de un encuentro indispensable, pero casual entre la historia interna y el mundo exterior. El resultado de este encuentro, que en la adolescencia corre el riesgo de transformarse en la chispa que detona una explosión, estaría determinado por la existencia y las cualidades de un sistema de tercero-referencial (intrapsíquico, parental, grupal o cultural), solo capaz de evitar que el adolescente se hunda en sus propias excitaciones. Paradojalmente, esta instancia referencial, al asegurar una suerte de continuidad, representaría igualmente la resistencia al cambio. La condensación de este sistema tercero en el objeto de satisfacción pulsional resultaría una fuente ejemplar del traumatismo. Sin embargo, para P. Gutton, todo residuo irrepresentable por la psiquis es esencialmente traumático.

P. Jeammet presenta asimismo reflexiones acerca de la dialéctica del adentro y el afuera en el adolescente. Analiza de qué manera el adolescente siente en correspondencia con su propia crisis, aquella de la mitad de la vida que sus padres viven simultáneamente, y muestra cómo el individualismo alentado por nuestra sociedad occidental actual remite al adolescente a sus propios deseos y conflictos internos. No obstante, de manera más fundamental para él la violencia en el adolescente debe situarse en la constitución de las bases narcisistas en ocasión de sus cambios objetales. Cuando el objeto exterior se muestra excesivo en sus efracciones o en sus carencias, el narcisismo no se forma con él, sino contra él mismo, no solo en razón de sus tendencias agresivas sino como un medio para preservar su propia integridad. De este modo, la violencia en la adolescencia aparece como una defensa contra la amenaza que se realiza contra la identidad personal. Transformando la pasividad de la experiencia vivida en violencia activa, el adolescente inflinge a su propio cuerpo, a través de mutilaciones masoquistas, o al otro que forma parte de la relación, aquello que él mismo ha sentido. P. Jeammet descarta el recurso abusivo a la pulsión de muerte para explicar esta violencia. Muestra en cambio cierta sensibilidad con respecto a sus aspectos intersubjetivos, en el sentido en que a través de la violencia, el adolescente intenta acercarse al objeto cuerpo a cuerpo, en una demanda de dependencia, intentando al mismo tiempo eliminarla, dado que esta dependencia le resulta intolerable. P. Jeammet considera que como consecuencia de ello la institución que recoja a estos adolescentes debe acondicionar el espacio necesario para este tipo paradojal de conflictividad con el fin de asegurar correlativamente la construcción posible de un espacio psíquico interno en el adolescente.

A. Birraux recuerda en la primera parte del texto de su autoría, la desestabilización económica y dinámica experimentada por el joven púber a causa de la emergencia de la pulsión genital que transforma su cuerpo y sus exigencias libidinales. El adolescente se sumerge entonces en una experiencia desprovista de sentidos, que, amenazando su sentido de existencia reactualiza su angustia original y torna frágiles sus bases narcisistas. A pesar que A. Birraux defiende la idea de la existencia de una “violencia buena” en los orígenes del sujeto psíquico, también señala que otras formas de violencia conllevan el riesgo de un cortocircuito de los procesos de ligazón. De este modo, el adolescente se ve obligado a retomar el contacto con el principio de realidad a través de pasajes al acto delirantes, intentos de suicidio, o desarrollando una percepción de sí mismo como un ser todopoderoso. Con el fin de intentar comprender esta situación, en la segunda mitad de su texto, la autora evoca modelos freudianos y kleinianos según los cuales las dimensiones del adentro y el afuera se establecen respectivamente a través de las experiencias de placer y desagrado. A. Birraux describe entonces la constitución de un clivaje originario de la psiquis entre una parte que intenta preservar las experiencias de placer y otra que admitiría las reivindicaciones de la realidad. Este clivaje se atenúa con el paso del tiempo y el desarrollo de instancias psíquicas, pero está listo para intensificarse ante la misma exigencia interna o externa. La hipótesis que la autora presenta entonces es que la violencia en el adolescente no crea un clivaje del yo sino que, al contrario, la misma se manifiesta cuando este último no puede mantenerse en condiciones satisfactorias. De este modo, el adolescente intentaría preservar sus experiencias de placer internas al tiempo que rechaza los desbordes provocados por exigencias que siente como algo externo a sí mismo.

Surge una segunda temática a través de los otros textos que componen esta obra, en la que la violencia aparece como un acto heroico y liberador. De esta forma, en *Violence sacrificielle et pulsion de mort à l'adolescence* [Violencia de sacrificio y pulsión de muerte en la adolescencia] F. Richard enumera los estudios de B. Bettelheim en *Les blessures symboliques* [Las heridas simbólicas] y propone un análisis de ciertos ritos de iniciación, los cuales al tiempo que escenifican automutilaciones e incluso autoaniquilaciones, simbolizan y conjuran socialmente diferentes formas de violencia. Abordándola desde su aspecto de sacrificio, F. Richard analiza la figura del héroe masoquista que, en el trascurso del proceso de travesía y mutación adolescente hace ofrenda de una parte de sí mismo en la esperanza de renacer bajo otra forma. Amplía su punto de vista desarrollando el análisis de Gabriel, un joven gravemente aquejado por

una enfermedad somática que, silenciosamente, tenía la impresión de ofrecer a su madre la parte enferma de su cuerpo con el fin de mantener una forma pasiva de fusión con esta última. A diferencia de P. Jeammet el autor no deja de reconocer una de las expresiones más perniciosas de la pulsión de muerte.

L'abolescence,² texto perteneciente a R. Gori también trata acerca de la iniciación y la travesía. El autor propone que acompañemos a Idriss, héroe de la novela de M. Tournier, *La goutte d'or*. Idriss, un joven proveniente de una tierra de oasis, fue fotografiado en su desierto natal por una europea rubia y desde ese entonces, a través de numerosas peripecias intentó reunirse con su imagen fotografiada. La novela ofrece a R. Gori la ocasión de mostrar la tarea psíquica asignada al adolescente, la de una abolescencia necesaria de cualquier imagen sensible e idolatrada (al igual que la de las figuras parentales infantiles propias), en beneficio del exilio y la inmigración hacia la palabra y la escritura. Retomando algunos de los análisis que realizara respecto a Moisés R. Gori considera que solo este viaje iniciático aproxima al adolescente con respecto al significante puro, nombre del padre, a través del cual se trasmite la sustancia entre materia y espíritu. Y aunque, como piensa el autor, la adolescencia es un momento de constitución de la ética, no podría existir en ausencia de este nombre del padre.

La liberación heroica se ve evocada igualmente en tres textos de esta obra que abordan la violencia criminal y parricida. En el primero de los mismos, *Analyse psychopatologique des comportements violents (à propos du parricide)* [Análisis psicopatológico de los comportamientos violentos (acerca del parricidio)] C. Balier presenta el caso de Ángel, en donde el acto parricida aparece como una liberación contra la violencia paterna que amenaza con una pasivación del adolescente en fusión con el objeto materno. El autor recuerda que estadísticamente el número de parricidios es poco importante pero que los mismos se producen frecuentemente en la adolescencia, lo que para el autor representa un intento muy desafortunado de resolver la brecha existente entre esta pasivación fascinante y la afirmación fálica de sí mismo en un momento en el cual las múltiples transformaciones internas aportan al psiquismo del adolescente numerosas fuentes suplementarias de inquietud. Por otra parte C. Balier comparte su importante experiencia como analista en el medio carcelario. Considera el recurso al acto (expresión que en esta circunstancia el autor prefiere antes que la de pasaje al acto) como un sistema defensivo que sirve para evitar una catástrofe de tipo psicótico. Entre la psicosis y la perversión el autor considera que el acto criminal

concierno a la perversidad. Los intentos de representaciones estarían más bien próximos a la alucinación y los argumentos fantasmáticos, dado que existen, resultarían bosquejos muy pobres en los cuales el paciente se vive a sí mismo como un extraño, desubjetivizado, sin ser jamás realmente actor, identificado tanto con la agresión como con el agresor.

En *À propos du parricide et du matricide à l'adolescence* [Acerca del parricidio y el matricidio en la adolescencia], el asesinato de uno de los padres se encuentra para F. Marty en el centro de una perspectiva doble: individual y generacional. A través de la descarga motriz, el parricidio representa la ilusión de una satisfacción todopoderosa e inmediata y al mismo tiempo permite evitar la experiencia de ambivalencia. De este modo, como acto individual, ante todo el acto parricida no es la realización sino el asesinato de la fantasía que como resultado hace inaccesible toda forma de genialidad adulta. De manera simétrica, el matricidio se presenta como un intento de romper un vínculo evitando la separación de un objeto que nunca pudo ser investido como algo realmente incestuoso. Bajo la perspectiva generacional, estos actos (analizados por F. Marty a través de los tres casos de Pierre Rivière, de Isabelle, joven parricida de catorce años y de Rolf el sobrino asesino de H. von Hug Hellmutt) aparecen como heroicos y liberadores, buscando restaurar una imagen parental incapaz hasta ese entonces de sostener al narcisismo infantil. De este modo los adolescentes crean la generación de los padres a través de una especie de autoengendramiento. Pero sobre todo, en esta perspectiva generacional el autor afirma que estos asesinatos vienen a instaurar en lo real el lugar de los muertos, simbólicamente necesario para establecer la sucesión de generaciones y el lugar para los vivos. Asimismo, en su texto, F. Marty propone algunas consideraciones acerca de la paranoia común en la adolescencia y avanza sobre la hipótesis del parricidio como paradigma de todas las violencias en la adolescencia.

Contrariamente a las ideas más o menos aceptadas, según las cuales los jóvenes criminales serían “no afectivos” y “carentes de emociones”, S. Couraud en *L'acte criminel à l'adolescence* [El acto criminal en la adolescencia], aporta como prueba en contra de esta teoría pasajes de entrevistas realizadas junto a Johan, un joven de 21 años que cometió una violación cuando tenía 17. Estas entrevistas forman parte de una importante investigación realizada en 1991 por la autora en colaboración con B. Zeiller y T. Lainé. S. Couraud detectó en Johan al igual que en muchos otros jóvenes en situaciones similares, un autocuestionamiento y una real solicitud de ayuda. Al igual

que C. Balier, el autor señala la poca implicación personal de estos adolescentes al momento de cometer el crimen, pero la autora destaca asimismo la utilización del pasaje al acto como un intento extremo para sobrevivir liberándose del dominio de una imagen parental aterradora. En concordancia con F. Marty, la autora señala igualmente la importancia de una comprensión transgeneracional, en busca, según esta última, del *fatum*, una suerte de destino trágico. S. Couraud destaca también de manera general en estos adolescentes muy marcadas insuficiencias de la función parental (incluso cuando el padre está presente) y por parte de la madre, una imagen vacía o extremadamente amenazante. La investigación, realizada estrictamente dentro de parámetros científicos abrió perspectivas terapéuticas al tiempo que creó para estos jóvenes espacios de intercambio y comunicación, en particular luego del juicio. El autor constata que éste ubica al joven criminal ante la realidad de la víctima y la responsabilidad de sus acciones

*Alberto Konicheckis*³

Notas

- 1 El artículo presenta una reseña del libro publicado bajo la dirección de F. Marty: *“L’illegitime violence. La violence et son dépassement à l’adolescence”*, Ramonville/Saint-Agne, Érès, 1997. [Traducido de *Adolescence*, 1998, 16, 1, 269-274].
- 2 El término *“abolescence”* no existe en francés, es un neologismo, que condensa, por lo menos, tres significaciones: *“abolition”*, *«adolescence»* y la declinación *“...ence”*, que rima con *“evanes-cence”* y que suaviza los efectos de la terminación en *“...tion”*, (*abolition, destruction*) muchos más fuertes y violentos. Gori, el autor del texto, presenta ese proceso como la desaparición, la **abolescencia**, de la imagen detrás de la palabra y cada vez que el término aparece en el libro, la letra b figura en escritura itálica.
- 3 Alberto Konicheckis, Universidad de Aix-Marseille I (13)

Traducción Juan Manuel Pedreyra